

VIRGINIA ALFARO BECH *

MISERA IUNO EN LA OBRA DE TERTULIANO

Fecha de recepción: julio 2006.

Fecha de aceptación y versión final: enero 2007.

RESUMEN: Es obligado estimar la transmisión que de la cultura clásica lleva a cabo un apologista de la talla de Tertuliano para poder precisar el enriquecimiento que la cultura romana pagana disfruta al colisionar con la polémica cristiana. No se puede obviar que las divinidades paganas estaban presentes en la mentalidad de los ciudadanos romanos, y en este artículo se emprende la labor de denunciar el comportamiento de la diosa más importante de los cielos. Se obtendrá un retrato bastante diferente de los que hasta ahora conocíamos de la diosa Juno, con la finalidad única de censurar las diversas actitudes de la sociedad pagana contemporánea al tomar como contrapunto los ideales cristianos. Se nos brindará, por tanto, una teoría desfavorable que disputa contra toda la mitología clásica y la religión pagana.

PALABRAS CLAVE: matrimonio, castidad, virginidad, incesto, Virgilio.

«Miserable Iuno» in the work of Tertullian

ABSTRACT: In order to precisely treat the enriching influence of pagan-Roman culture in collision with the Christian polemic, it is imperative to uphold the transmission of Classic culture as executed by an apologist of such stature as Tertullian. By not underestimating the presence of pagan divinities in the mentality of

* Departamento de Filología Latina, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Málaga; valfaro@uma.es

Roman citizens, this article aims to denounce the role and behaviour of the most important goddess of the heavens. By presenting a different portrait than the one more commonly accepted of the goddess Juno, the goal here is none other than to censure diverse attitudes in contemporary pagan society as placed in contrast with Christian ideals. We will then be able to uphold an unfavourable theory that argues against all Classic mythology and pagan religion.

KEY WORDS: marriage, abstention, virginity, incest, Virgil.

Cualquier personaje mitológico puede atraer la atención de numerosos investigadores e historiadores y no sólo de época contemporánea, sino que desde los primeros siglos de nuestra era numerosos escritores han puesto su interés en ellos. Ya desde Varrón¹ se nos confirma que la famosa tríada capitolina formada por Júpiter, Juno y Minerva aparece consolidada desde la más remota antigüedad. Uno de los máximos defensores del cristianismo en la iglesia primitiva cartaginesa, Tertuliano², parece perpetuar la antigüedad no sólo de las divinidades que se veneraban en el Capitolio, sino también de los Crónidas y Titanes hasta llegar a la primigenia pareja de la mitología griega:

«Si Varrón nos relata como dioses muy antiguos a Júpiter, Juno y Minerva no se debe, pues, olvidar que todo padre es más antiguo que sus hijos; por tanto, Saturno es más antiguo que Júpiter y el Cielo (Urano), más que Saturno; y Saturno, pues, es hijo del Cielo (Urano) y de la Tierra (Gea)»³.

Le resulta imposible no volver la mirada hacia las afirmaciones de Varrón, considerado como una autoridad enciclopédica en el mundo grecorromano. Ya que las divinidades paganas estaban presentes en la men-

¹ VAR. *L. L. V*, 32.

² Cf. AVG. *Conf.* III, 1. Natural de Cartago nacido aproximadamente hacia el 150-160 y muerto hacia el 220. Fue uno de los más originales escritores latinos cristianos de Occidente, notable apologeta que se caracteriza por el vigor de su elocuencia, por su viva imaginación y prodigiosa erudición. Cf. C. LEPELLEY, *L'empire romain et Christianisme*, París 1969, 42. También para la defensa de la fe frente a todo lo que podía amenazarla, cf. C. RAMBAUX, *Tertullien face aux morales des trois premiers siècles*, París 1979, 10s; J. QUASTEN, *Patrología*, vol.I, Madrid 1978, 547.

³ TERT. *Ad Nat.* II, 12, 5: *Neque enim si Varro antiquissimos deos Iouem, Iunonem et Minervam refert, nobis excidisse debet omnem patrem filiis antiquiorem, tam Saturnus Ioue quam Caelum Saturno; de Caelo enim et Terra Saturnus.*

talidad de todos los ciudadanos romanos, paganos y cristianos, las aventuras de sus protagonistas divinos se convertirán en un caudal inagotable de información que usarán los teólogos cristianos con la única finalidad de denunciar ciertas actitudes de la sociedad pagana contemporánea. Centraremos la atención en el retrato que nuestro apologeta realiza de la diosa más importante del pueblo romano, qué personajes aparecen relacionados con ella, y con cuáles alcanza mayor protagonismo.

Nos detendremos en dar respuesta a las cuestiones que se suscitan en torno al comportamiento de la reina de los dioses. Para ello será prioritario rescatar la figura de una deidad tan inmortal y legendaria como la diosa Juno y contraponerla, así, a los ideales cristianos. De esta forma asumiremos más reflexivamente el legado heredado por nuestros antepasados, estimado o censurado por sus coetáneos, pero siempre enfocado desde una perspectiva cristiana. Creemos que se puede perfilar aún más, si cabe, la figura de la diosa Juno cuando se toma como punto de partida la opinión de un pensador cristiano. Para ello no nos vamos a contentar simplemente con ensartar las diferentes actuaciones de una diosa, sino que presentaremos el enfoque que sobre sus actos realiza, desde una óptica determinada y opuesta a la religión pagana, un «intelectual de la época»⁴, con la mera intención no sólo de mitigar la religión romana, sino de convertir a esta diosa en paradigma moral desde la que se va a redefinir la realidad cristiana de la época de los Antoninos. Por tanto, hemos de tratar primero la importancia de la figura de Juno en la sociedad pagana; en segundo lugar, qué relación guarda con su esposo y, por último, mostraremos los vínculos que la unen a otros personajes mitológicos.

Nuestro autor se inserta dentro de unas creencias que nos reflejan la tradición heredada de los clásicos y que constituían un pilar clave en el ámbito cultural no sólo de época imperial, sino también en la Antigüedad tardía. Por ello, Juno aparece descrita por nuestro apologeta como lo que realmente simbolizaba en el mundo romano: la reina del cielo que mora en el aire, y la diosa majestuosa que recorre el firmamento con su carro sagrado⁵, pero con el aditamento por parte de Tertuliano de que al

⁴ A. MONACI CASTAGNO, *Il diavolo e suoi angeli*, Florencia 1996, 60, presenta a Tertuliano como un intelectual de la época que comparte con el resto de sus correligionarios una misma formación cultural y miembro de la élite cultural del Imperio.

⁵ TERT. *Test. An. 2, 7: Sub lunonem in aere exornas*. Cf. VIRG. *Aen. I*, 17.

argivo Tróquilo⁶ se le atribuye la invención del carro, cuya primera obra se la dedicó a la diosa Juno.

La trascendencia de esta diosa llegaba a tal extremo que invadía las esferas más importantes de la sociedad romana y recibía diferentes calificativos según se venerase en la esfera familiar, matrimonial o bien estatal. Se le designaba *Juno Pronuba* cuando presidía los casamientos, *Juno Lucina* cuando protegía los partos⁷ y *Juno Regina*⁸ cuando, juntamente con su esposo Júpiter, *Iuno una cum Ioue*, tal y como lo afirma el erudito Varrón⁹, se convertía en la reina del mundo y en la protectora del estado romano.

A la diosa Juno, que se hallaba íntimamente relacionada con la vida, funciones y actuaciones de las mujeres, le estaban consagradas para presidir su culto unas vírgenes que no se casaban, porque el servicio a la diosa requería la virginidad de las muchachas¹⁰. La castidad en el mundo antiguo antes del cristianismo no era totalmente desconocida y la practicaban los esenios en Israel, los pitagóricos y los estoicos en Grecia, las Vestales en Roma, y los hinduistas y budistas en Oriente. Pero la motivación de estos grupos, no muy numerosos, era diversa del ideal que animaba a los cristianos: la continencia por el reino de los cielos¹¹. Ahora bien, la castidad femenina en Roma era muy celebrada y, en el ámbito privado, la virginidad era el exponente del honor familiar. De igual manera en la religión oficial las jóvenes romanas adquirirían un papel protagonista en las ceremonias cívico-religiosas, pues el espíritu casto y la pureza corporal se convertían en elementos imprescindibles en los cultos

⁶ Tróquilo era el hijo de Io y sacerdote de Deméter en Argos, cf. P. GRIMAL, *Diccionario de mitología griega y romana*, Barcelona 1994, 525. Tertuliano se refiere, concretamente, al carro sagrado que se empleaba en el culto de la Hera argiva, cf. TERT. *Spect.* 9, 4: *Si uero Trochilus argiuus auctor est currus, primae Iunoni id opus suum dedicauit.*

⁷ TERT. *An.* 39, 2. Para las alusiones a Juno Lucina, cf. OV. *Fast.* 2, 436-453; VAR. *L. L. V.*, 69.

⁸ Para los diferentes epítetos por los que se le conoce a Juno remitimos a J. CONTRERAS VALVERDE - G. RAMOS ACEBES - I. RICO RICO, *Diccionario de religión romana*, Madrid 1992, 105-107.

⁹ VAR. *L. L. V.*, 10, 67.

¹⁰ M. GUERRA GÓMEZ, *El sacerdocio femenino en las religiones greco-romanas y en el cristianismo de los primeros siglos*, Toledo 1987, 263-265.

¹¹ T. H. MARTÍN, *San Ambrosio, San Agustín, San Gregorio de Nisa. La virginidad sagrada*, Salamanca 1997, 14-15.

religiosos¹². Como existía la creencia de que las vírgenes y las mujeres castas, es decir, las *matronas* adornadas con la *puđicitia*, potenciaban el bienestar del estado, la puesta en práctica de virtudes tan estimadas y la perpetuidad de la ciudad estaban íntimamente unidas¹³.

Así, todavía en el año 200 d. C. en la ciudad de Cartago, a la diosa Juno se le consagraban vírgenes como lo atestigua Tertuliano al referir que es, precisamente, una virgen la que preside los cultos de la Juno aquea en Egio¹⁴. Nuestro apologeta resalta que la castidad pagana era muy frecuente en diversos puntos del Imperio¹⁵, y menciona los cultos de Apolo en Delfos, de Minerva y de Diana, donde se requerían la presencia de muchachas vírgenes¹⁶. Pero, sobre todo, la virginidad era la característica fundamental de las Vestales, sacerdocio femenino, a las que se les exigían, además, la castidad y la abstinencia sexual, y a las que la etnología no ha hallado instituciones semejantes en Grecia para un posible cotejo¹⁷. En cambio, a la diosa Ceres africana se le consagraban viudas, castas matronas o mujeres *uniuirae*, después de haber sufrido la más cruel de las rupturas¹⁸. Todas las disertaciones que Tertuliano profiere sobre la castidad pagana, al igual que el resto de sus correligionarios, tienen como corolario la profesión del cristianismo y el consiguiente ataque a la virginidad y castidad paganas, de forma que el enfoque que nos lega es bastante negativo y el tono no puede ser más peyorativo.

Aunque la virginidad para los romanos era una de las virtudes más apreciadas, no fue nunca el estado más deseable para la mujer, ya que como sabemos la mujer romana iba al matrimonio bastante joven y desde el momento de su nacimiento recibía una educación para el matrimonio¹⁹.

¹² M. GUERRA GÓMEZ, *El sacerdocio femenino y su castidad en la Antigüedad greco-romana*: Actas del IX Congreso Español de Estudios Clásicos, vol.VI, *Historia y Arqueología*, Madrid 1998, 116.

¹³ S. POMEROY, *Diosas, rameras, esposas y esclavas*, Madrid 1987, 228.

¹⁴ TERT. *Ux.* I, 6, 6.

¹⁵ TERT. *Mon.* 17, 4.

¹⁶ TERT. *Cast.* 13, 2.

¹⁷ J. C. SAQUETE, *Las vírgenes Vestales. Un sacerdocio femenino en la religión pública romana*, Madrid 2000, 62-63; N. BORRAGÁN, *La mujer en la sociedad romana del Alto Imperio (siglo II d. C.)*, Oviedo 2000, 191-194.

¹⁸ TERT. *Ux.* I, 6, 4.

¹⁹ R. TEJA, *La mujer en el mundo antiguo. Síntesis histórica y balance de la investigación reciente*: Actas de las V Jornadas de Investigación Interdisciplinaria, Madrid 1966, 22.

Sin embargo, el cristianismo estimará la virginidad no como una etapa previa al matrimonio, sino como otro estado más a elegir libremente entre las jóvenes cristianas. A este tenor, la monogamia, apreciada también como un honor entre los paganos, apenas se practicaba; por tanto, no nos debe sorprender que en el siglo II y comienzos del III las segundas nupcias fuesen un hecho bastante corriente dentro del Imperio²⁰, pero es el cristianismo quien inicia una fuerte reacción contra la libre facultad de disolver los matrimonios²¹. Los apologistas cristianos, entre ellos Tertuliano, se hacen eco de la situación al considerar las segundas nupcias como un matrimonio no lícito y adúltero²². Es por lo que adaptará su discurso al momento presente y empleará su *sermo*, discurso fecundo y prolijo, para la exhortación de la castidad y la conveniencia de la monogamia con la consiguiente renuncia de las segundas nupcias, que considera nulas.

Aunque se ocupa del tema del matrimonio y, más concretamente, de las segundas nupcias en tres tratados específicos, *Ad Uxorem*, *De exhortatione castitatis* y *De Monogamia*²³, en los que retoma los mismos temas y los mismos argumentos, sin embargo, estos tratados nos resultan interesantes por tratar sobre la castidad, aunque de forma tangencial. Ya el tratado *Ad Uxorem*, verdadero testamento espiritual, aconseja a su mujer a permanecer casta, *uniuira*, es decir, viuda después de su muerte²⁴. Pero en los otros dos, *De exhortatione castitatis* y *De Monogamia*, expone su teoría sobre la castidad y la virginidad considerando estos estados superiores al matrimonio cristiano. Hemos de resaltar que estos tratados son de época montanista y están impregnados de fuertes ideas rigoristas, de

²⁰ APUL. *Apol.* XXVII, 7; LXIX, 1-3.

²¹ I. NÚÑEZ PAZ, *Consentimiento matrimonial y divorcio en Roma*, Salamanca 1988, 166.

²² V. ALFARO BECH, «Los colores del adulterio en el cristianismo primitivo», en: I. CALERO SECALL - V. ALFARO BECH (COORDS.), *Las hijas de Eva: Historia, Tradición y Simbología*, Málaga 2006, 74-76. Ya en el tratado que Tertuliano dedica a su mujer, *Ad Uxorem*, desaconseja las segundas nupcias, cf. C. MORESCHINI, *Tertullien. Exhortation à la chasteté*, París 1985, 9-10.

²³ Tertuliano trata el tema del matrimonio y de las segundas nupcias en *Ad Uxorem* compuesto en su etapa católica cuando es presbítero de la Iglesia en torno al 200-206; en *De exhortatione castitatis*, compuesto sobre los años 207-212, presenta claras ideas montanistas, y en *De Monogamia*, escrito en 217, profesa ya el montanismo y se ha producido la ruptura con la Iglesia católica. Cf. P. MONCEAUX, *Histoire littéraire de L'Afrique Chrétienne*, París 1901, vol.I, 208-209.

²⁴ TERT. *Ux.* I, 1, 4.

forma que se observa con claridad meridiana una evolución que se orienta desde una estricta ortodoxia a un montanismo declarado y desde una autorización particular a una prohibición radical y absoluta de las segundas nupcias.

Como es manifiesto que no puede existir alabanza sin ofensa, al aplaudir la castidad cristiana, Tertuliano censura execrablemente la virginidad pagana, precisamente, porque va destinada a los dioses romanos. A nuestro autor esta práctica de la castidad le parece un agravio insostenible y aberrante, pues las vírgenes cuando consagran su castidad a los dioses paganos, no es otro más que a Satanás a quien se la ofrecen²⁵; porque, según nuestro autor, en los mismos templos en los que se adora, también se idolatra, pues los demonios se encuentran disfrazados en los ídolos²⁶.

En mi opinión, lo realmente interesante no es sólo que la disertación monogámica de Tertuliano vaya incrustada en una moral rigorista y, a veces, montanista, por lo que lleva al límite las doctrinas expuestas²⁷, sino que nos ofrece, ante todo, un elogio de la virginidad cristiana que se convierte en sinónimo de santidad. Tertuliano, para exhortar a los cristianos a perseverar en la castidad y en el estado de viudez una vez que ha muerto el marido, nos brinda cuantiosos ejemplos de la religión pagana, aunque rival del cristianismo, para su defensa del *uniuiratus* y de la virginidad²⁸.

²⁵ TERT. *Ux.* I, 6, 3. Cf. TERT. *Spect.* V, 7; *Apol.* XXVI, 2; *Ad Marc.* I, 13, 5. Tertuliano afirma que el Dragón de las Vestales es una de las figuras del demonio que en el Apocalipsis encarna el poder del mal.

²⁶ TERT. *Test.* II, 7.

²⁷ J. C. FREDOUILLE, *Tertullien et la conversion de la culture antique*, París 1972, 129-132. Para el movimiento montanista es fundamental: P. LABRIOLLE, *La crise montaniste*, París 1913; *Les sources de l'histoire du montanisme*, París 1913; G. BARDY, *Montanisme*, *Dict. De Théol. Cath.* X, 2, 2355-2370; A. FAGGIOTTO, *L'eresia dei Frigi*, Roma 1924; T. D. BARNES, *The cronology of Montanism*: JTS 21 (1970) 403-408; R. BRAUN, *Approches de Tertullien. Vingt-six études sur l'auteur et sur l'oeuvre*, París 1992. Tertuliano nos ha dejado un pasaje donde nos narra su conversión al montanismo: TERT. *Pud.* I, 10, 13. Cf. V. GROSSI, *A proposito della conversione di Tertulliano al montanisme De Pudicitia I*, 10-13: *Augustinianum* XXVII (1987) 57-70; V. ALFARO BECH, «Retrato de mujer según el montanismo de Tertuliano», en: V. ALFARO BECH - V. E. RODRÍGUEZ MARTÍN (COORDS.), *Desvelar modelos femeninos: Valor y representación en la Antigüedad*, Málaga 2002, 99-117.

²⁸ R. BRAUN, «Les païens juges des chrétiens: un thème parénétiqne de Tertullien», en: R. BRAUN, *Approches de Tertullien*, París 1992, 119-120; C. TIBILETTI, *Matrimonio ed escatologia. Tertulliano, Clemente Alessandrino, S. Agostino*: *Augustinianum* XVII (1977) 57.

Sin embargo, Tertuliano que derrochó ríos de tinta en sus escritos al tratar sobre el matrimonio, pudiera parecer que, en un principio, no le interesase mucho la unión entre Júpiter y Juno. El enlace entre ambas divinidades debería ser un modelo tanto para los dioses como para los mortales, pero el apologeta nos deja entrever que este matrimonio no es bien avenido. Para su descripción se acerca a las fuentes griegas, concretamente a la *Iliada* de Homero por lo acertada que le parece la afirmación que ofrece:

«Adhuc meminimus Homeri: ille, opinor, est qui diuinam maiestatem humana condicione tractauit, casibus et passionibus humanis deos imbuens..., Iouem luxuriantem cum Iunone foedissime inducit, commendato libidinis desiderio per commemorationem et enumerationem amicarum»²⁹.

Aunque nuestro apologeta no suele ser muy explícito en los comentarios de las fuentes clásicas, precisamente, a causa de su carácter idolátrico³⁰, sin embargo, es evidente que no las puede obviar, porque como intelectual de su época comparte con el resto de sus correligionarios una misma formación cultural³¹. Cree conveniente un acercamiento a la cultura clásica no sólo para censurar la conducta de los dioses sino, sobre todo, para presentarlos henchidos de vicios y pasiones humanas y, así únicamente de esta forma, llevar a cabo un enérgico ataque contra la religión pagana, poder defender la religión cristiana y dar cumplimiento de su apología. Efectivamente, mitología y cultura clásica no eran más que las dos caras de una misma moneda hasta que la caída del Imperio romano³² y los escritores cristianos contribuyeron, en buena medida, con sus mensajes a acelerar este proceso.

²⁹ TERT. *Ad Nat.* I, 10, 38-39: «Todavía nos acordamos de Homero: él, en mi opinión, es quien trató la grandeza divina con una condición humana imbuyendo a los dioses con desgracias y pasiones humanas..., introduce a Júpiter actuando con lujuria vergonzosamente con Juno defendiendo los deseos lascivos con el recuerdo y la enumeración de sus amantes». Este texto se refiere concretamente al pasaje de la *Il.* V, 375s., donde Afrodita es herida por Diomedes cuando trata de sacar a su hijo Eneas de la batalla; *Il.* V, 385s, Marte encadenado por los hijos de Aloeos es abandonado en un calabozo durante trece meses; *Il.* XVI, 435-450, Júpiter se conmueve por su hijo Sarpedón; y en *Il.* XIV, 315-350, Júpiter aparece como un ser despreciable y lujurioso.

³⁰ TERT. *Idol.* X, 6: *Et erit tam tutus quam quisiciens uenenum ab ignaro accipit nec bibit.* Nadie como Tertuliano planteó tan claramente el carácter idólatra de la escuela clásica por ser incompatible con la fe.

³¹ A. MONACI CASTAGNO, o.c. (nota 4), p.60.

³² J. C. BERMEJO BARRERA, *El mito griego y sus interpretaciones*, Madrid 1988, 14.

El nutrirse del pensamiento clásico era, pues, obligado, ya que las ficciones y fabulosas leyendas de los dioses y héroes, aunque estaban consideradas un vehículo de cultura, Tertuliano las presenta caladas de las predicaciones de los ídolos. Por tanto, no es de extrañar que el matrimonio sagrado formado por Júpiter y Juno³³ aparezca infravalorado en un escritor cristiano de la talla de Tertuliano. Sólo el retrato de Júpiter como el mayor adúltero y la lamentable situación en la que nos presenta a Juno, cuando debe soportar el recuerdo y la enumeración de las amantes de su esposo, diosas y heroínas a las que su esposo las había obsequiado con su amor³³, nos hace pensar que Tertuliano echa por tierra los deseos de los antiguos que se esforzaron por presentar este matrimonio mítico como paradigma del amor conyugal romano.

Nuestro autor realiza una presentación del matrimonio más famoso de la mitología que difiere bastante de la valoración que de Juno se tenía en la sociedad romana. Efectivamente, esta diosa era la protectora de la mujer tanto soltera, como casada o viuda³⁵ y, como garante del matrimonio, velaba por la santidad del vínculo conyugal³⁶. En sus propósitos no tenían cabida las desavenencias matrimoniales, aunque su vida estaba constantemente atormentada por las frecuentes infidelidades de su esposo que, también, era su hermano³⁷.

Según las leyes romanas, el amor entre hermanos no sólo era un impedimento matrimonial, sino que era un delito sexual porque atentaba contra las buenas costumbres³⁸. Estaban prohibidos los matrimonios entre hermanos e, incluso, en época imperial se prohibió el matrimonio entre allegados hasta el tercer grado de parentesco no sólo en línea ascendente y descendente, sino, además, el parentesco en línea colateral, es decir, entre hermano y hermana³⁹. Tertuliano no encuentra ninguna razón para asignarle a Júpiter una esposa, *coniunx*, a quien

³³ Hes. *Teog.* 886-923. Hera es la séptima y última esposa de Júpiter según Hesíodo, pero para Homero es la primera, cf. Hom. *Il.* XIV, 295.

³⁴ Recordemos que las amantes de Zeus según Hom. *Il.* XIV, 312-328, eran Dión, mujer de Ixión, Dánae, Europa, Semele, Alcmena, Deméter y Leto.

³⁵ H. J. ROSE, *Mitología griega*, Barcelona 1970, 106.

³⁶ Ov. *Fast.* III, 256; Virg. *Aen.* IV, 59. Le estaban dedicadas unas celebraciones festivas en su honor, las Matronalias, que se celebraban el 1 de marzo, cf. Ov. *Fast.* I, 55.

³⁷ Hom. *Il.* XVI, 434.

³⁸ T. MOMMSEN, *Derecho Penal Romano*, Bogotá 1991, 427.

³⁹ Gai. *Inst.* I, 58-63; Dig. 23.2.53.

se la llama *soror*, en términos concluyentes mediante el superlativo *foe-dissime*, y señala el *incesti crimen*⁴⁰ que lleva a cabo «el padre de los dioses y de los hombres», al censurar la unión de Júpiter con Juno como un matrimonio ilícito⁴¹. *Crimen*, porque viene a constituir la unión más detestable de todas las existentes y delito mucho mayor que el adulterio⁴², aunque, como señala P. Moreau⁴³, la tradición mitológica siempre se muestra propicia a los adulterios y busca justificar el incesto por motivos de buena organización de la sociedad humana. Sin embargo, es necesario recordar que en la sociedad divina no existía la exogamia, por lo que estaba permitido todo lo que posteriormente pudo constituir una falta grave⁴⁴.

Puesto que la mitología abunda en parejas fecundas, adúlteras e incestuosas, nuestro autor nos muestra a un Júpiter no sólo seductor, sino además lascivo y disoluto entregado a los placeres, y defiende que la bandera que empuña Júpiter es la lujuria, *Iouem luxuriantem*. Ese deseo de placer que cautiva a Júpiter se fortalece mediante el término *libido* que está usado en sentido despectivo como «deseo carnal» en lugar de *concupiscentia*⁴⁵, de modo que Tertuliano se ve obligado a concluir que en la sociedad pagana la lujuria queda fortalecida con el incesto⁴⁶. No hay que olvidar que no es sólo un jurista el que habla, sino el defensor cristiano que estigmatiza el incesto de los dioses paganos al mismo tiempo que los vicios de los ciudadanos romanos.

Este matrimonio divino formado por Júpiter y Juno refleja una cierta desarmonía sexual y su imagen no es otra que la del varón lujurioso y la mujer celosa. Sabemos por la tradición mitológica que Hera fue siempre fiel a su marido y su matrimonio con Zeus se celebró con toda solemnidad como lo atestigua el canto XIV de la *Ilíada*. Parece ser que el papel conyugal que se le ha atribuido tradicionalmente a la diosa no ha dejado de crear problemas a los investigadores de la misma, pues su figura

⁴⁰ S. PULIATTI, *Incesti Crimina: regimen giuridico da Augusto a Giustiniano*, Milán 2001, 239-242.

⁴¹ V. ALFARO BECH, *El Derecho Penal Romano como argumento contra el paganismo. Pius Iuppiter en Ad Nationes II, 13, 16 de Tertuliano*: REHJ 29 (2007), en prensa.

⁴² TERT. *Nat. II*, 13, 15-16: *Quid dubitaret libidine ab incesto corroborata in leuio- ra, id est adulteria se et supra diffundere?*

⁴³ P. MOREAU, *Incestus et prohibita nuptiae. L'inceste à Rome*, París 2002, 30s.

⁴⁴ J. C. BERMEJO BARRERA, *Mito y parentesco en la Grecia Arcaica*, Madrid 1980, 99.

⁴⁵ C. RAMBAUX, o.c. (nota 2), p.131, n.18.

⁴⁶ TERT. *Nat. II*, 13, 15-16.

mitológica parece agotarse en su papel de esposa poco fecunda⁴⁷, ya que en su relación con Júpiter se resalta su papel de esposa pero no el de madre. Como esposa legítima perseguía siempre a las amantes y a los hijos adulterinos de su esposo habidos en uniones extramatrimoniales, pero nuestro autor no se detiene en la tradicional imagen de Juno como honorable esposa, sino como madrastra asesina:

«Calímaco atribuye la vid a Juno, así también en Argos una imagen suya coronada con un sarmiento y bajo los pies una piel de león la representa como madrastra que se goza con los despojos de ambos hijastros»⁴⁸.

Tertuliano sigue la tradición de Calímaco y simboliza a Juno como la Hera de Samos, con una vid en la cabeza y a sus pies una piel de león, ambos atributos de los hijos de Júpiter, Hércules y Apolo⁴⁹. La presentación que de la diosa se nos revela no es muy halagüeña, más bien un tanto peyorativa, al ser descrita como *saeua nouerca*, que según P. A. Watson es el tipo más frecuente en la literatura griega y latina. Por tanto, a la diosa Juno se la considera como la madrastra asesina por excelencia entre los poetas latinos, pero no en la literatura griega anterior a Platón⁵⁰.

Hay que reconocer que nuestro apologeta posee una gracia especial para metaforizar las cualidades atribuidas a Juno que unida a las oportunidades que le ofrece el paganismo reflejan una imagen de la diosa más completa de la que conocemos hasta ahora. Sabemos por la mitología que la diosa Juno era bastante celosa y así se la describe desconfiando siempre de su esposo; además, era violenta, furiosa, malvada, irascible, cruel, iracunda, hosca..., pero sobre todo, era la diosa de Cartago, su ciudad favorita⁵¹.

⁴⁷ Para las diversas interpretaciones de la diosa Juno remitimos el artículo de J. C. BERMEJO BARRERA, *Zeus, Hera y el matrimonio sagrado*: *Quaderni di storia* 30 (1989) 135s.

⁴⁸ TERT. *Cor.*, 7, 4: *Iunoni uitem Callimachus induxit; ita et Argi signum eius palmitē redimitum subiecto pedibus corio leonino insultantem ostentat nouercam de exuuiis utriusque priuigni.*

⁴⁹ CALL. *Fr.* 100-101.

⁵⁰ P. A. WATSON, *Ancient Stepmothers. Myth, Misogyny and Reality*, Leiden-New York-Köln 1995, 113; cf. VIRG. *Aen.* 8, 288; OV. *Ep.* 9, 8; *Fast.* 6, 800; *Met.* 9, 15; A. A. 2, 217.

⁵¹ OV. *Met.* I, 606-608; OV. *Met.* II, 508; OV. *Met.* IV, 548; VIRG. *Aen.* 8, 668.

Aunque parece que nuestro autor deja sentir una cierta hostilidad hacia la cultura clásica y, más concretamente, hacia la poesía latina⁵², sin embargo, podemos encontrar no sólo vestigios de la misma, sino además citas literales que introduce en sus obras apologéticas, concretamente, en *Ad Nationes* y en el *Apologeticum*⁵³. Virgilio es el poeta latino que más atrae a nuestro autor. Aunque no se encuentran ecos de las *Bucólicas*, y sí algún que otro de las *Geórgicas*⁵⁴, es la *Eneida*, la más importante de las obras épicas romanas, la que surge en los escritos de Tertuliano con unas pinceladas bastante acertadas.

Sin embargo, las reminiscencias virgilianas van a estar ligadas a Juno como «hermana y esposa de Júpiter», *Iouisque et soror et coniunx*⁵⁵, más que como diosa de Cartago y propicia a su ciudad⁵⁶. Pero dicha puntualización no parece ser lo suficientemente precisa para el apologeta que la señala además como *illa coniunx Iouis et soror misera*⁵⁷, cuando insiste en los lazos familiares que le unen a su marido Júpiter y en su deplorable condición, al mostrarse versado en el texto de la *Eneida* mediante el adjetivo *misera*. El apelativo con el que Tertuliano acredita a Juno no lo pronuncia de forma aleatoria, sino que concienzudamente considera lamentable las circunstancias que rodean a la diosa. Queda en su memoria el recuerdo de la *Eneida* que irrumpe con fluidez inusitada, pues también la reina de Cartago, Dido, es calificada de «*misera*» desde el libro I de la *Eneida*⁵⁸. Pero es en el libro IV, que narra los amores de Dido y Eneas, donde nuestro autor encuentra un caudal de inspiración para apostillar la lamentable situación que envuelve a la diosa Juno. Dos cartaginesas: Dido y Juno; la una reina y la otra diosa, la una despechada y la otra vengativa. Una burlada por los ardides de Venus y envuelta en una pasión tal que, infeliz, arde en deseos de amor por Eneas⁵⁹. La otra, Juno,

⁵² R. UGLIONE, *Virgilio in Tertulliano. Intertestualità e riscrittura*: Bollettino di studi Latini 29 (1999) 504.

⁵³ TERT. *Ap.* XXV, 8; *Ad Nat.* II, 17, 6.

⁵⁴ R. BRAUN, «Tertullien et les poètes latins», en: R. BRAUN, *Approches de Tertullien. Vigint-six études sur l'auteur et sur l'oeuvre*, París 1992, 98-99, subraya la influencia no sólo de Virgilio sino de otros poetas latinos en la obra de Tertuliano.

⁵⁵ VIRG. *Aen.* I, 46-47.

⁵⁶ VIRG. *Aen.* I, 16-19.

⁵⁷ TERT. *Apol.* XXV, 8.

⁵⁸ VIRG. *Aen.* I, 344, Dido es engañada por su hermano tras asesinar a su marido Siqueo.

⁵⁹ VIRG. *Aen.* IV, 315; 420; 429; 693-697.

zaherida continuamente por las infidelidades de su esposo, que además es su hermano, a la que, sin embargo, parece cubrir nuestro autor con un halo de inocencia mediante la adjetivación empleada. En definitiva, dos historias de amor imposible, una con destino trágico y la otra sin un final feliz, pero ambas descritas con un amor tan mítico como excepcional.

Es obvio que Tertuliano se deleita con la pareja formada por Dido y Eneas cuando reproduce en el matrimonio de Juno y Júpiter aquellos valores que, velados en la obra del apologeta, emergen desde la Eneida. Es incuestionable que esta obra épica no ha pasado inadvertida para Tertuliano, en cuya declaración prorrumpe, además del escritor cartaginés imbuido de interés por las obras clásicas, el defensor cristiano que arremete con ironía contra las creencias míticas paganas.

En su defensa del cristianismo intenta socavar las bases del paganismo, y así se convierte en modelo que seguir por los apologetas posteriores⁶⁰. La religión romana mostrará una inconsistencia tal que nuestro autor no puede dejar de sorprenderse ante cultos tan frágiles y centrará, igualmente, su punto de mira en la debilidad de los mismos para censurar la *turpitudodeorum*, y satirizar sobre las cualidades de un cuarteto femenino:

«Cum Larentinam, publicum scortum inter Iunones et Cereres et Dianas adoratis»⁶¹.

A Tertuliano le parece oportuno situar a las diosas junto a una prostituta pública, Larentina⁶². La preferencia de Larentina sobre las demás diosas tan veneradas en la sociedad romana bien hubiera podido ofender a cualquier espíritu decoroso, pero esa peculiar relación entre los hombres y los dioses romanos nos viene a confirmar, una vez más, que nuestros antepasados no sólo humanizaron a sus dioses al atribuirles pasiones humanas, sino que además divinizaron a los hombres de su tiempo tras imputarles las infamias y las vilezas más ignominiosas.

La leyenda romana reservaba un lugar privilegiado a la «loba» y ésta se convirtió en el emblema totémico de Roma, pues hacía referencia a la nodriza de Rómulo y Remo, mujer del pastor Fáustulo, conocida como *lupa*, «loba o meretriz» que concedía sus favores a todos los que los soli-

⁶⁰ P. MONCEAUX, o.c. (nota 23), p.215.

⁶¹ TERT. *Apol.* XIII, 9.

⁶² Larentina se encuentra definida por Tertuliano como *publicum scortum*, en *Ap.* XIII, 9; como *scortium meritorium*, en *Nat.* II, 10, 1, y *prostratissima lupa*, en *Ap.* XXV, 9.

citaban⁶³. A esto viene a sumarse otra leyenda en la que se conoce como Acca Larentia a la joven muchacha que, según Plutarco, era de buen ver, *horaía*, hermosa, y ramera de profesión⁶⁴. Esta le fue ofrecida al dios Mercurio después de una suculenta cena al ganarle al guardián del templo la apuesta que este le propuso en una simple partida de dados. El dios Mercurio, queriendo agradecer a la muchacha sus favores, la envió al viejo pero rico Taruncio, que absorto por la belleza de la joven le propinó cuantiosas ganancias. Ella en su vejez donó a la ciudad de Roma todos sus bienes.

No sabemos a cuál de las dos leyendas se refiere Tertuliano, ya que ambas heroínas tienen el mismo nombre, Acca Larentia, y ambas prostitutas eran consideradas «santas» en la religión romana, elevadas a los altares, y auténticos símbolos en la ciudad de Roma. El honor que los romanos tributaron a la loba Larentina es abominable para el apologista, ya que él mismo nos corrobora que se honraba a una prostituta igual que se veneraba a una diosa. Lo realmente cierto es que en esta declaración se percibe el demérito de la religión romana, ya que nuestro autor censura que se le otorgue a la divinidad la misma devoción que a la prostitución, y la ascensión de una prostituta a los cielos no hace más que tributarle a las diosas paganas el título de lujuriosas debido a la simple costumbre de divinizar a las meretrices⁶⁵.

Este alegato de escasas palabras que nuestro autor profiere sarcástica, pero no fortuitamente, trae consigo una réplica de la trascendencia que cada uno de estos cultos adquiriría en el Imperio. El hecho de adorar a la prostituta Larentina entre diosas como Juno, Ceres y Diana supone la condena de los diferentes estados que a la mujer se le podía adjudicar en la sociedad romana. No conviene olvidar que Juno era la diosa protectora del matrimonio⁶⁶, Ceres era el ideal de castidad⁶⁷, y Diana representaba la vir-

⁶³ J. N. ROBERT, *Eros romano. Sexo y moral en la Roma Antigua*, Madrid 1999, 35-36; cf. LACT. *Inst. Div.* I, 20, 1s.

⁶⁴ PLUT. *Rom.* 5; *Cuest. Rom.* 273B; cf. A. W. HOLLEMAN, *Larentia, Hercules, and Mater Matuta*: *Antiqu. Class.* 45 (1976) 197-207.

⁶⁵ La diosa Venus será considerada como una prostituta elevada a la categoría divina en LACT. *Inst. Div.* I, 20, 2; cf. J. VERMANDER, *La polémique des Apologistes latins contre les Dieux du paganisme*: *Revue des études augustiniennes* 17 (1982) 29.

⁶⁶ M. D. GALLARDO LÓPEZ, *Manual de mitología clásica*, Madrid 1995, 86.

⁶⁷ JUV. VI, 50. En el santuario de Ceres no se podía entrar si se era reo de impureza o adulterio, cf. A. DRINE, *Cérès, les Cereres et les sacerdotesses magnae en Afrique: quelques témoignages épigraphiques et littéraires*: *Latomus* 30 (1994) 174-184.

ginidad perpetua⁶⁸. Nuestro autor ha elegido cuidadosamente a sus víctimas para aniquilar diligentemente mediante una gradación ascendente la institución matrimonial, familiar y religiosa pagana al censurar el matrimonio en Juno, la vida en castidad en Ceres y el estado virginal en Diana, y situarla a la misma altura que la prostitución, el estrato más ínfimo de la sociedad, pero elevado a una categoría divina, representado por Larentina.

El procedimiento que nuestro autor utiliza para la defensa del cristianismo es ensañarse con el proceder los dioses. No obstante, no pretende tanto subrayar las infamias de los dioses romanos, aunque sí era uno de sus objetivos, ya que violaban la dignidad de su divinidad, cuanto el consentimiento que los ciudadanos romanos demostraban ante la inmoralidad y deshonestidad de sus dioses, porque eso les causaba, precisamente, deleite.

Era frecuente, según Tertuliano, que en las poesías y en los mimos los romanos se mofaran de sus propios dioses, lo que da ocasión a nuestro autor para reprobar la irreligiosidad de los paganos. La risa y la burla que emplea el apologeta para destacar la impiedad de los dioses era la misma que, según él, utilizaban los romanos. No olvidemos que Cartago, como segunda capital del Imperio, como ciudad de élite intelectual y cultivada, se entusiasmaba con los juegos del anfiteatro y de circo y las representaciones teatrales⁶⁹, que formaban parte de la vida cotidiana en el norte de África. Como buen militante pagano que fue en su juventud y perfecto conocedor de las pantomimas, expone que los cómicos romanos en sus recitados al mismo tiempo que veneran a sus dioses, declaran su irreligiosidad, sus miserias e iniquidades.

Luego no peca de imprudencia al reseñar cómo unas diosas vulneran su majestad y ultrajan su divinidad con el beneplácito de la sociedad pagana ante el comportamiento de otro trío divino:

«Sustinetis... et Iunonem, Venerem, Mineruam a pastore iudicari»⁷⁰.

En este pasaje, Tertuliano nos recuerda que, según la mitología⁷¹, en la boda de Peleo y Tetis una diosa, la Discordia, no fue invitada y arrojó

⁶⁸ G. DEL CERRO CALDERÓN, *La mitología grecolatina en la ciudad de Málaga*, Málaga 2004, 110-111.

⁶⁹ J. C. FREDOUILLE, o.c. (nota 27), p.147.

⁷⁰ TERT. *Apol.* XV, 2.

⁷¹ Homero hace una presunta y breve alusión al *iudicium Paridis* en *Il.* XXIV, 28-30, y según H. J. ROSE, o.c. (nota 35), p.109, esta leyenda no era conocida por los auto-

desde la puerta una manzana de oro con el título «para la más bella». Júpiter entendió la tarea muy comprometida; no quiso enemistarse ni con su esposa, Juno, ni con ninguna de sus dos hijas, Venus y Minerva; se abstuvo de decidir en la disputa y envió con la manzana a un mensajero, su hijo el dios Mercurio, para que llevase a las diosas a presencia de París para que este fuese el juez del certamen. El joven, hijo del rey de Troya, tuvo que decidir cuál de las tres diosas era la más bella. Tres mujeres, aunque diosas, una madrastra enfrentada a sus dos hijastras son juzgadas por un mortal en el monte Ida⁷².

Aunque Ruiz de Elvira interpreta la manzana como un signo erótico perteneciente al dominio de Venus⁷³, sin embargo, no se encuentra en el *corpus* de Tertuliano ninguna alusión carnal de este símbolo, sino que más bien se puede leer entre líneas, teniendo presente su ideario, para descubrir el pensamiento que encierra. No debemos omitir que nuestro autor usa una retórica caracterizada por la brevedad y responde al ideal de enseñar la verdad con esa precisión del discurso que le caracteriza.

Destacamos que, en primer lugar, el oro, representado por la manzana, es el elemento de perdición de esta terna de diosas que parecen estar inmiscuidas en travesuras juveniles. El oro representa para él una de las principales materias del adorno mundano y lo describe, con indiferencia y desprecio, como elemento de destrucción para la humanidad, sobre todo, porque no conduce a la salvación⁷⁴. La cosmética es de un gran atractivo para Tertuliano, que la utiliza como trampolín para demostrar la debilidad del espíritu femenino⁷⁵.

En segundo lugar, la búsqueda de la hermosura fue también causa de pérdida para las diosas que, presurosas entre todas las demás por con-

res anteriores al ciclo épico. Este pasaje está comentado también por HYG. 92; LUC. *D. Mar.* 5; ISOC. *Hel.* X, 41-48.

⁷² París, juez y árbitro de la belleza en favor de Venus, fue premiado por esta con los amores de Helena, cf. OV. *A. A.*, I, 247-249; 682-684.

⁷³ A. RUIZ DE ELVIRA, *La concha de Venus y la manzana de la Discordia*: Cuad. Filol. Clás. Estudios Latinos (2001) 242-244.

⁷⁴ V. ALFARO - V. E. RODRÍGUEZ, *De Cultu feminarum de Tertuliano. El adorno de las mujeres*, Introducción, comentarios, texto latino y traducción, Málaga 2001, 17; cf. C. TIBILETTI, *La donna in Tertulliano, Misoginia e Maschilismo in Grecia e in Roma*, Génova 1981, 82-92.

⁷⁵ Para el tema de la cosmética, M. L. COLISH, «Cosmetic Theology: The transformation of a stoic theme», en: *Assays: Critical approaches to medieval and renaissance*, vol. 1, 1981, 3-14.

seguir el premio, se atrevieron a participar en un concurso de belleza. En mi opinión, este pasaje mitológico está presente en nuestro autor cristiano por el conocimiento que este poseía de los poetas latinos que comentan el *iudicium Paridis*, de modo que la sombra de la Eneida se trasluce en el *Apologético* de Tertuliano al actualizar el fragmento donde Virgilio refiere el injusto desprecio a la hermosura de Juno⁷⁶. Pero tampoco se mostró indiferente ante la belleza de los versos de Ovidio y su imaginación, pues sabemos que la cadencia poética de este autor le cautivaba⁷⁷. Según Ovidio, incluso a las castas les gustaba el pregón de su belleza, y a las jóvenes no sólo les preocupaba la hermosura, sino que también les agradaba, de manera que Juno y Minerva aún se avergüenzan de no haber ganado el certamen en los bosques de Frigia⁷⁸. Por tanto, ante esta advertencia, Tertuliano, como si respondiera a una crítica anti-ovidiana, propone para la mujer cristiana una elegancia sobria, austera, simple y digna, cubierta de una modesta belleza libre de seducción, sin picardía ni tentación⁷⁹.

Habría que afirmar que nuestro autor, aunque de soslayo, se detiene en mencionar un asunto tan trivial como el que las diosas participen en un concurso de belleza, acto tal vez mezquino e innoble si se equipara a la honradez, la castidad y la santidad que reivindica para la mujer cristiana. Es indudable que este juego de mujeres míticas va a estar estrechamente relacionado con la salvación de las mujeres cristianas, pues, bajo los anhelos de espiritualidad, desea sepultar los deseos encarnados en la juventud y en la belleza y excluir las pasiones humanas que traen consigo el mundo y la carne⁸⁰.

Si consideramos la importancia que para él adquiere la perfección cristiana de marcado carácter escatológico, el *iudicium Paridis* no sería más que un acto henchido de frivolidad. Si censuró la asistencia a los espectáculos⁸¹, a los baños⁸², a los templos⁸³ y a las fiestas de los gentiles⁸⁴, con

⁷⁶ Cf. VIRG. *Aen.* I, 26.

⁷⁶ R. BRAUN, o.c. (nota 54), p.105-109.

⁷⁸ OV. *A. A. I.*, 625-628.

⁷⁹ TERT. *Cult. Fem.* II, 5, 1; *Cor.* XIV, 3.

⁸⁰ TERT. *Ux.* I, 4, 5.

⁸¹ TERT. *Apol.* IX, 10-11; XXIII, 5; XXXVIII, 4; XLVIII, 14.

⁸² TERT. *Spect.* VIII, 9.

⁸³ TERT. *Apol.* XV, 7.

⁸⁴ TERT. *Apol.* XLII, 4-7.

más motivo la búsqueda de una belleza huérfana de modestia y simplicidad sería insignificante, fútil y banal. Como el coqueteo de este trío divino no hace más que mostrar un afán insaciable de belleza que desemboca en la lujuria, Tertuliano mostrará a la cristiana un premio diferente a la manzana de oro: los tesoros de la eternidad que dejan fuera de sí la avaricia, la belleza y la vanidad⁸⁵.

Para concluir, en este recorrido que hemos realizado por la obra de Tertuliano descubrimos que, ante ese choque constante entre mito y realidad, ficción y verdad, nuestro autor salpica sus comentarios con breves alusiones a personajes mitológicos, no con afán erudito, sino como recriminación ante determinadas conductas seguidas en la sociedad contemporánea. El uso que realiza de los mitos alcanza una finalidad moral para poner en entredicho la libertad absoluta de que gozan los dioses paganos, a la vez que propone nuevos modelos de comportamiento. Muestra la humanidad de los dioses paganos insertos en los quehaceres de la vida diaria para rechazar la humanización de los mismos y los manipula como un instrumento retórico apropiado para causar la polémica y fomentar el debate en sus destinatarios.

En las breves alusiones que desarrolla tiene el propósito no sólo de combatir, sino también de erradicar la religión pagana que se manifiesta como el principal estandarte del paganismo. Siente la urgencia de recurrir a las citas de autores paganos como Homero, entre los autores griegos, y Virgilio, Ovidio, fundamentalmente, entre los romanos, ya que, como un intelectual de su época, vive enraizado en el saber de su tiempo y, como poseedor de una sólida educación en la literatura profana, se encuentra perfectamente armado para combatir contra ella. No debemos olvidar que el conocimiento en la antigüedad se basaba fundamentalmente en la literatura y la mitología y ésta constituía una parte muy importante de la educación. Por tanto, su crítica a la mitología clásica supone un enriquecimiento para toda la ideología que se irá desarrollando posteriormente en el cristianismo, de manera que el asunto mitológico aparecerá siempre supeditado en sus escritos a la elaboración del discurso y puesto al servicio de la evangelización.

El autor muestra como irreconciliable la fábula pagana con la ideología cristiana, de modo que concibe su sátira a partir del proceder de las diosas paganas con la finalidad de regular el comportamiento individual

⁸⁵ TERT. *Cult. Fem.* II, 13.

femenino como termómetro de la vida cotidiana. Como quien se exacerbaba con el rumor y se apasiona con la certeza con una eclosión de metáforas provocadoras, reprocha la castidad pagana que se les atribuía a los dioses romanos y la califica de satánica, al tiempo que aplaude la contención cristiana y el estado virginal.

Su reproche, que invade la esfera estatal, religiosa y social, se dilata hasta irrumpir en el espacio privado divino, de modo que condena las nupcias míticas entre Júpiter y Juno en cuanto ideal del amor conyugal romano. Destaca que, aunque esta diosa era la protectora de la santidad del vínculo matrimonial, su relación con Júpiter deja mucho que desear. Tertuliano, empeñado en mostrar la parte más adversa del politeísmo romano, asume la simbología que sus contemporáneos concibieron de la más grande de los cielos para rechazar su humanización. Por ello, nuestro autor inmiscuye a la máxima representante entre las diosas romanas en actos intranscendentes como simple participante en un concurso de belleza; le otorga el título honorífico de *nouerca* por excelencia, sin tener en cuenta su papel de madre, y la degrada en su calidad de diosa por codearse con las grandes meretrices. Por todo esto podemos exclamar no sólo *infelix*, sino también *misera Iuno*.

